

MEMORIAS PARA LA HISTORIA

DE LA INVASION ESPAÑOLA .

SOBRE LA COSTA

DE TAMPICO DE TAMAULIPAS,

HECHA

EN EL AÑO DE 1829,

Y

DESTRUIDA POR EL VALOR Y PRUDENCIA DE LOS GE-
NERALES D. ANTONIO LOPEZ DE SANTA-ANNA, Y D. MA-
NUEL DE MIER Y TERAN, EN EL CORTO ESPACIO DE UN
MES Y QUINCE DIAS.

DADA A LUZ

Carlos María de Bustamante.



BIBLIOTECA DE MEXICO.

IMPRESA DEL C. ALEJANDRO VALDÉS.

1831.

CAMPAÑA DEL GENERAL SANTA-ANNA

EN LA COSTA DE TAMPICO,

HASTA LA SALIDA

DE LOS ESPAÑOLES QUE LA INVADIERON.

Habiendo tenido noticia este gefe de que de la Habana habia salido una expedicion contra la república mexicana, marchó al momento de Xalapa á Veracruz con objeto de poner en defensa aquella plaza como se verificó, y tomar otras providencias para no ser sorprendido en caso de verificarse el desembarco por aquel punto, ó sus inmediaciones.

A pocos dias tuvo aviso oficial de Tuxpam de que en Cabo Rojo se habia hecho el desembarco, y que la fuerza sería de tres á cuatro mil hombres. Esta noticia llegó á Veracruz á las diez de la noche, y en el instante mandó Santa-Anna que se repicasen las campanas de las iglesias, y se tocasen dianas en los cuarteles. Con tal motivo reunió en la plaza principal un crecido número de ciudadanos que deseaban ansiosos saber la causa de aquel regocijo, á que les satisfizo diciendo.... „Amigos, han desembarcado en Cabo Rojo los españoles, y estamos tan distantes de temerlos, que por el contrario, quiero que desde este momento celebreis el triunfo de nuestras armas; yo hé de marchar sobre ellos, y no dudo daros pronto un buen dia.” Para hacer efectiva esta promesa, dictó sobre la marcha sus providencias encaminadas á reunir tropas, dinero, buques, y cuanto era necesario para la empresa, pues todo faltaba. Efectivamente reunió en la plaza mas de mil hombres de los batallones 3^o y 5^o permanente que residian en Xalapa, y las compañías de preferencia del 2^o y 9^o batallon, y del activo de tres Villas residente en Orizaba, que guarnecian la plaza. Despues de dejar esta regularmente cubierta, y de haber puestoen marcha por la cósta 200 caballos y tiros de mulas aperadas para seis piezas de artillería que iban por mar, se embarcó Santa-Anna con dicha fuerza en tres bergantines extranjeros que embargó para desembarcar en Tuxpam. Muchas fueron las dificultades que se presentaron para hacer efectivas estas medidas; sin embargo se superaron tan rápidamente, que apenas acertaban á creerlo los mismos que lo veían.

Antes de zarpar la expedición de Santa-Anna de Veracruz, (que á lo que parece fué el 9 de agosto segun el Boletín núm. 5.) (a) se presentó en la Isla de sacrificio una escuadrilla francesa procedente de la Habana, con el objeto de proteger el comercio de su nacion. Su comandante era hombre de edad madura, el cual visitó á Santa-Anna varias veces á fin de persuadirle que no hiciese la expedición por mar, manifestándole riesgos y dificultades; mas este llevó adelante su proyecto. En la última conversacion concluyó el francés diciéndole.... *Está muy bien señor general: U. tendrá sus razones que yo no intento penetrar; voy á estar á la expectativa de su jornada, y si es feliz como dice que ha de ser, diré en llegando á Francia, que á U. le acompaña toda la suerte del hombre célebre que condujo su ejército á Egipto entre las escuadras inglesas.*" Semejante recuerdo inflamó mas y mas el ardor de Santa-Anna lejos de arredrarlo. Dió pues la vela, y llegó á Tuxpam el 11 de agosto, y mas antes lo hubiera hecho á no impedirselo un temporal.

Sintió sobre manera al llegar á aquel punto, que el enemigo hubiese conseguido algunas ventajas sobre nuestras fuerzas, que le proporcionaron la posesion del fortín de la barra de Tampico, de Pueblo Viejo y ciudad de Tamaulipas. Presentáronse en su cuartel general seis expedicionarios desertados del campo enemigo que remitió á México, y por cuyas declaraciones se impuso del estado de fuerza de Barradas, estas se insertaron en el Boletín núm. 7.

En Tuxpam reunió Santa-Anna un considerable número de canoas de *Tamiagua* y otras partes, y por aquella laguna continuó su marcha á Tampico el alto. A su llegada solo encontró al cura párroco postrado en una cama; pues todas las familias se habian retirado á los montes por no ver ni ausiliar á los españoles en los dias que allí permanecieron. Mientras Santa-Anna navegaba para Tuxpam, ocurrió el desgraciado encuentro de los Corchos, con una reunion de cívicos de Pueblo Viejo y otros puntos inmediatos, que llevados de un entusiasmo patriótico quisieran emposeñarse de aquel punto ventajoso, lo que no lograron por su poca fuerza ó indisciplina; mas sin embargo, causaron á los

(a) *Las noticias de la expedición de los españoles, se comunicaban en México en papeles intitutados Boletines, porque hasta en esto hemos adoptado la nomenclatura francesa: su Editor era D. Antonio J. Valdés, que los imprimía de su cuenta y completaba con paja y ripio.*

españoles la pérdida de noventa hombres entre muertos y heridos, y no pocos oficiales sobre quienes dirigían sus punterías.

Al siguiente día de llegado Santa-Anna á Tampico el alto, pasó por Pueblo Viejo dos leguas distante de aquel punto con sus ayudantes y una corta escolta, á efecto de observar al enemigo y saber de sus movimientos; encontró yermo este pueblo como el anterior, mas por fortuna se habían quedado allí unos extranjeros que no quisieron abandonar una casa de comercio con que subsistían. Hizo su reconocimiento, y conociendo que no estaba en la ciudad de Tampico de las Tamaulipas toda la fuerza enemiga, inventó mandar un espía en clase de vivandero que logró introducir felizmente. Volvió este despues de haber vendido cuanto llevó al efecto, y dió á Santa-Anna todas las noticias que deseaba: dijo tambien que hacía tres días que el general Barradas había marchado sobre Altamira con la mayor parte de su fuerza, y que despues de algunos reencuentros tenidos con el general Garza, se había apoderado de aquella poblacion, segun noticias que acababan de recibir los españoles, la que iban á celebrar, y á cuyo efecto estaban cargando sin bala sus cañones. Efectivamente se vió despues empavezar sus dos lanchas cañoneras, y que dispararon algunos cañones á manera de salva, y en la noche iluminaron sus cuarteles. Tiempo es ya de que nos detengámos en detallar este triunfo de los Castellanos, y que les dió tantas esperanzas de realizar sus proyectos de reconquista.

El general D. Manuel Mier y Terán que como hemos dicho otras veces, estaba destinado por una política ruin y artérea de D. Guadalupe Victoria, á reconocer los límites de nuestra república con la de Norte-América, apenas llegó á entender la aprosimacion é invasion de Barradas, cuando sin esperar las órdenes del gobierno, se presentó al general Garza ofreciendo sus servicios y estar á sus órdenes como un soldado de la pátria. Esta heróica accion no pudo ejecutarse en tiempo mas oportuno; Garza lo recibió gustoso y le confió el mando de una division para que contuviese la irrupcion enemiga que esperaba de un momento á otro; tambien Garza lo había invitado á ello. Doscientos infantes y 6 piezas de cañon, fué la fuerza con que Terán contaba para retardar la marcha de Barradas que abanzaba de Tampico para Altamira; los momentos eran ejecutivos, pues una partida de caballería al mando del capitan D. Domingo Ugartechea, se batía ya en retirada con buen orden, y solo había perdido un hombre. Propúsose Terán defender un desfilade-

ro de tres leguas en que se habia adelantado, donde colocó parte de su infanteria al frente del enemigo, y con 150 dragones del número 9. que puestas á retaguardia solo eran útiles para faginas; construyó un parapeto abriendo dos veredas á sus lados, para apoyarlo en emboscadas y buenos fuegos, y como el enemigo habia campado un cuarto de legua adelante de la orilla de la laguna de la Puerta, por esta circunstancia tuvo tiempo Terán para darle mayor consistencia á este primer puesto que halló capáz, hasta para poner una pieza de á cuatro. El plan era defenderse por escalones, plan bien convinado para imposibilitar la marcha de los españoles, pero que fué impracticable por falta de herramientas.

Terán supo que estos podrían dar una vuelta que frustrase su defensa: por tanto, puso á las órdenes del capitán del 11 D. Felipe Biramonte cien hombres, con encargo de que en caso de que Barradas intentase algo por aquellas partes, sostuviera el puesto hasta tanto que pudieran retirarse las tropas que estaban situadas adelante. Dispuso asimismo Terán al mayor general D. Vital Fernandez, para que se construyese otro parapeto y emboscadas en la forma que la primera, en terreno libre de inconvenientes. Entretanto el enemigo abanzaba con lentitud, y tardó tres horas en andar el cuarto de legua que separaba á unos de otros: otra hora y cuarto empleó en practicar un movimiento inútil para voltear á la izquierda de Terán precisamente por donde el terreno no lo permitía: entónces dirigió sus tentativas á la derecha, y colocó un cañon tras el bosque. Sus cazadores paraban luego que conocían la procsimidad de los americanos, y en todo se guardaba gran silencio por ambas partes, rehusando dar conocimiento anticipado de sus fuegos, que por fin se hicieron con mucha inmediatecion y viveza.

Entónces hubo una alternativa de perder y ganar terreno por ambas partes, y como la del enemigo maniobraba en romper el bosque ácia el punto poco seguro que guardaba Biamontes, Terán se retiró sobre su segundo parapeto que encontró bien dispuesto á legua y media del que abandonó, del que hubo de retirarse por las órdenes de Garza. Hé aquí en extracto el juicioso y militar parte de Terán, que se insertó en el Boletín núm. 13. Ilústralo muy bien la relacion que del mismo suceso me hizo un oficial subalterno que se halló en esta misma accion, y es como sigue.

„Barradas (dice) se presentó el 16 de agosto hasta la laguna de la *Puerta* donde lo resistió una compañía de Co-

lonia de D. Enrique Villareal. El general Garza salió hasta ponerse á una corta distancia del enemigo: en la noche se atrincheró en dos parapetos, uno á la vista de este, y otro á distancia de un cuarto de legua. Al ser de dia comenzó un tirotéo flojo: de once á doce y media arreció, queriendo Barradas tomar el parapeto. Pasadas dos horas, como lo flanquase por la derecha, se retiró Garza en órden hasta situarse en el segundo parapeto. Al recorrerlo Barradas á tiro de fusil hizo alto, cesó el fuego, y tocó reunion: á la izquierda el general Terán mandó disparar un cañonazo á metralla con lo que se dispersó Barradas aunque quedando en el bosque, y ya no se volvió á dar carga ninguna. Entónces Garza se retiró á Altamira donde se formó la linea á la orilla del pueblo con tres piezas de á cuatro, una de á doce, y cerca de dos mil hombres de todas armas. Esta fuerza se retiró á la *mata redonda* donde campó en la tarde evacuando á Altamira. Quedó allí una partida de caballería al mando del teniente coronel Anastacio Rojas, quien avisó que despues de tomar Barradas á Altamira, llegó hasta el punto del *Chocolate*. A media noche salió la tropa de Garza á campar á la mata de la *Guayaba* donde estuvo todo el dia. A la noche marchó para el punto del *Estero*, y de allí al siguiente marchó para la puerta del *Chocoy*; mas al retirarse de aquí oyeron el tirotéo de Santa-Anna con la tropa de Barradas que estaba en Tampico. Habiendo los españoles con tal motivo evacuado á Altamira, Garza tornó á ocuparlo haciendo esta marcha desde las dos de la mañana hasta las once de la noche de otro dia. Desde el 21 hasta el 7 de setiembre permaneció Terán en Altamira, donde recibió el mando por la retirada de Garza. No fué poca la sorpresa é indignacion que causó á las tropas americanas al volver á ocupar este punto, viendo la barbarie con que los españoles se condujeron en él; pues mataron cuanto ganado pudieron, hicieron grandes escabaciones en las casas, y hasta en los lugares sagrados en busca de dinero: llenaron de perros y caballos muertos los pozos y algibes, y parece que en todas sus operaciones presidia el espíritu de devastacion y vandalismo. Hé aquí los Nuncios de la paz celestial que dizque nos enviaba el mejor de los reyes que come pan á manteles. Estas demasías les habian costado antes bien caro, y mucho mas despues como ya verémos, pues los vestigios de sepulturas que allí dejaron, y otras señales tristes de muerte, bien denotaron que el triunfo lo habian adquirido al precio de no poca sangre.

Cerciorado el general Santa-Anna de la ocupacion de Altamira por Barradas, no lo estaba de si este sabia ó no de su llegada, por lo que mandó otro espia al campo enemigo como el anterior, el cual regresó diciendo: *que los españoles no sabian de su llegada á Tampico el alto.* Con estos y otros datos, concibió el atrevido proyecto de sorprender el cuartel general de Barradas, situado en dicha ciudad de Tamaulipas, donde ecsistían las municiones, armamentos, caudales, enfermos, y una guarnicion de 600 soldados, entregados á la mas completa confianza. Cuanto dispuso Santa-Anna se efectuó en momentos; mas al coger el fruto de aquella interesante empresa, se malogró por la casualidad de desconocerse dos partidas de cívicos que se hicieron fuego mutuamente; sin embargo resultó siempre el ataque que preparó á Barradas su ruina, y cuyo mérito no debe graduarse por su écsito en lo pronto. En el Boletín núm. 16 dice Santa-Anna al gobierno: „Con el mayor silencio en la noche del 20 de agosto, empecé á embarcar mi tropa como á las 10 en pequeñas canoas, y ya que la mayor parte de ellas estaban en el lado de las Tamaulipas á solo la distancia de tiro de fusil del campo español, cuando un miliciano cívico á quien era nueva esta empresa tan árdua, disparó un tiro que fué inmediatamente contestado por sus compañeros, y con este tiro se frustró uno de los ardidés mejor convinados. En tales circunstancias fué necesario seguir adelante, y á la una y media de la noche entré en Tampico de Tamaulipas con tres columnas en que dividí mi fuerza, arrollando la que se me presentaba, y sosteniendo un fuego vivísimo que me hacia el enemigo, á quien en pocos momentos reduje á los puntos fortificados de la playa protegidos por una cañonera que tienen en el rio, disputándome antes el terreno palmo á palmo.

Nuestras fuerzas abanzaron hasta media cuadra de distancia de la española, que constando de 600 veteranos se defendia tenazmente; la mia de igual clase no excedia de 400 hombres: 200 de que se compone el batallon 3:º y 130 de las compañías de preferencia de los batallones 2:º y 9:º unos 40 artilleros: los escuadrones de Xalapa, Orizava y Veracruz con fuerzas muy pequeñas, y algunos cívicos de estos pueblos de quienes tuve que echar mano porque no habia otra cosa. El ataque duró hasta los tres cuartos para las dos de la tarde, en que los españoles enarbolaron bandera blanca pidiendo parlamento que les concedí, y ofrecieron capitular y rendir las armas.

Inmediatamente nos ocupamos de ella; mas cuando es-

rábamos principiándola se presentó en la población el general Barradas con su división de 2500 hombres, y ya se suspendió aquel acto que debió llevarse á efecto, si el general D. Felipe de la Garza hubiera hostilizado al enemigo como se lo previene en su marcha de Altamira á Tampico, que no pudo menos que ser precipitada en desorden, pues la verificó en menos de cuatro horas, siendo la distancia de cerca de ocho leguas; y hé aquí perdida la ocasion mas bella para haber destruido de una vez ese nombrado ejército de vanguardia. (a)

Apesar del corto número de las tropas de mi mando, me dispuse al combate contra toda la fuerza enemiga; mas el general español, sea que le sorprendiese el arrojo y decision de nuestros soldados; ó sea que aparentando hipócritamente un pundonor militar muy conforme á los principios que se há propuesto para alucinar; me invitó á una entrevista enmedio de ambas fuerzas, á que accedí por el compromiso en que pedía verse el honor nacional.

Toda ella se redujo á pedirme que le dejara libre su cuartel general, y me regresara al mio para entrar en contestaciones, pues su intencion era évitár las desgracias de la guerra. Mi respuesta fué, que no me estaba permitido entablar negocios de ninguna especie, como no fuera sentando por base el reconocimiento de la independencia mexicana, y la evacuacion de su territorio por las tropas españolas; mas fueron tan reiteradas las suplicas del general Barradas para que volviese á mi cuartel de Pueblo Viejo, que logré vender entónces como un favor singular, lo que imperiosamente escijia mi situacion comprometida; pues que en caso contrario hubiera tenido que luchar con 30 veteranos, y con 600 mas que pedían reunírsele del destacamento de la Barra, á la vez que ya hé indicado á V. E. el corto número de los míos, cansados y fatigados de una lucha tan dilatada como espantosa.

En consecuencia aproveché ocasion tan oportuna para dejar bien puesto el honor de nuestras armas, y con tam-

(a) *El general Garza habría ejecutado la órden de atacar al mismo tiempo que Santa-Anna lo hizo en Tamaulipas, si hubiera recibido oportunamente la órden de conivacion: recibióla á la sazón que Santa-Anna ejecutaba su proyecto, habiendo tenido el correo que rodear mucho terreno para llegar á las manos de Garza, transitando por veredas, y en pais ocupado, y sobrevigilado por el enemigo: ¡accidentes de la guerra!*

10

bor batiente, y bandera desplegada, atravesé las calles de la ciudad casi en triunfo en medio de la fuerza enemiga, y regresé á este cuartel general. El enemigo sufrió la pérdida de 82 hombres entre muertos y heridos, y la mía consistió en 51 heridos, y 17 muertos. Por mí particular no tuve otra, que parte del cuello de mi casaca que se llevó un pedazo de metralla, de la que me arrojaba continuamente la lancha cañonera, y el sombrero que me pasó una bala de fusil."

Este lance escrito diez años despues de ocurrido, tal vez pasaría si no por fabuloso, á lo menos por exagerado. Santa-Anna llegó á verse de hecho prisionero de los españoles, y ellos mismos dudaban de lo que veían y les parecía un ensueño; algunos oficiales dijeron al paño á Barradas que lo retuviese consigo, y el no ha dudado confesar en mesa redonda en N. York, que no se decidió á hacerlo porque creyó que Santa-Anna tenia no muy lejos de allí una gran fuerza á su disposicion; así se lo persuadió la serenidad con que se comportó, y el modo con que habló de las divisiones que habian venido, y estaban á punto de llegar en su socorro. Por otra parte él debía persuadirse así, pues está en los principios de la táctica militar, que las grandes sorpresas se den con poca tropa, para que esta guarde el mayor silencio que no es posible conseguir entre mucha. Al marchar la division americana por las calles de Tamaulipas, no pocos oficiales castellanos encantados del brio de los nuestros, no pudieron dejar de decir en tono fanfaron.... ah! bien se conoce que vds. son hijos de los españoles!.... Esto fué lo mismo que atribuirse á sí mismos el honor de aquella accion gallarda, y digna de la inmortalidad. Ella recuerda lo ocurrido á Bonaparté en la campaña de Alemania antes de ser emperador. Habiendo salido á reconocer el campo, de repente se vió rodeado de una fuerza superior, y por tanto hecho prisionero; el gefe que la mandaba no lo habia conocido, ni tampoco Napoleon se habia dado á conocer: dentro de unos cuantos minutos apareció una numerosa partida en su socorro, y entonces dirigiendo la palabra al comandante austriaco le dijo.... Hé sido prisionero de V. por un poco de tiempo, y ahora la suerte de la guerra lo há hecho á V. mio.... Soy Napoleon... y lo trató con la magnanimidad que caracterizó siempre al dignísimo emperador de los franceses.

Hasta entonces los españoles eran vencedores, y dueños de la ciudad de Tamaulipas, de Altamira, y de aquellas riberas con el puerto que habian fortificado, y ya se

prometían muy grandes ventajas; pero al experimentar aquel golpe que los humillaba, se aturdieron, y desde entonces obraron con desorden y confusión, pues abandonaron precipitadamente á Altamira, dejando allí hasta las ollas del rancho por auxiliar el cuartel general. Santa-Anna estrechó á D. Manuel Terán para que fortificase á Altamira luego que la evacuó la tropa española. Verificó así, reduciendo su irregular población á un punto céntrico defensible. Con tal motivo tuvo que destruir 32 casas, precediendo tasación de peñitos de su valor á presencia de un alcalde, y dando *pagarees* de ellas....

Ah! con cuanto dolor de mi corazón (escribe á su hermano D. Juan, y cuya carta he leído) he visto salir á las miserables familias de sus chozas para incendiárselas!... *su resignacion há despedazado mis entrañas*.... También le dice que había encontrado allí los fragmentos de las cureñas de dos cañones que abandonaron á su salida los castellanos; así mismo las municiones, pero no encontró las piezas; descubrió algunas armas y los sepulcros donde enterraron los muertos que les hizo cuando contuvo la division de Barradas con sus parapetos del momento. Reflexiona en el empeño que tomaron al retirarse, en dejar reses muertas en los aljibes y pozos para producir una infeccion mortífera que cuidó de evitar, limpiando aquellos lugares.

Por lo respectivo á su division, le decía que la había puesto en regular estado: que había cesado la desercion: que se habían desechado las ideas de retiradas, de modo que la tropa estaba tranquila y gustosa. Elogiaba altamente la osadía de Santa-Anna en el ataque del cuartel general de Barradas, y le llama *golpe maestro de la intrepidez*, que habría terminado en un día la campaña, si no hubiera faltado la combinacion dicha. El elogio salido de la pluma de Terán, bastaría por sí solo para recomendar altamente el mérito de la accion, así como honró á Epaminondas mas aquella exclamacion de Agesiláo; que todos los sufragios de la Grecia... *¡Que hombre!* (se le oyó decir entre dientes y refunfuñando...) *¡Que hombre!*.... *¡Que prodigio!*....

Las desgracias de los castellanos se aumentaban más y mas, y la escasez de víveres se hacia sentir en su campo, porque retirada la escuadra conductora de la expedicion á la Habana, faltaban los buques que resacionasen con frecuencia las municiones, sobre todo las de boca. El coronel Carlos Beneschi, y el de igual graduacion Stáboli extranjeros al servicio de la república, en una noche borrascosa toma-

ron una balandra que conducía víveres á Barradas atacándola con decision, y lo pusieron en la dura alternativa de atacarnos aventurando el suceso, ó rendirse. Debíose este hecho á que Santa-Anna en pocos dias se proporcionó canoas con que se hizo dueño del rio Panuco, y por medio de estos buques logró varar las dos lanchas cañoneras que dominaban aquel rio, y el apresamiento de la balandra se hizo bajo los fuegos de su fortín. Estas operaciones necesitaron emprender grandes trabajos, y talar bosques para proveer de la madera necesaria á sus obras de fortificacion.

Entretanto se recibian tropas de tierra-adentro, y para cuya remision hicieron los estados cuantiosos sacrificios, que aumentaron á un grado indecible la escasez de víveres y la estacion de aguas que abundaron como en pocos años se habian visto. Temía Santa-Anna y con sobrada razon, que Barradas recibiera auxilios de la Habana, y antes de que esto se verificase trató de estrecharlo por hambre á rendirse; puesto de acuerdo con el general Terán, estableció algunas baterías en los puntos llamados las *Piedras* y el *Humo* de esta parte del rio. (a) Terán marchó de Altamira para situarse en el paso llamado de *Doña Cecilia*, en la ribera opuesta entre la barra y Tampico de Tamaulipas, trayendo las piezas de artillería ligera que tenia disponibles, la infantería veterana, activa y cívica que estaba en estado de batirse, y la caballería ecistente de su division, quedando de esta 500 caballos en Altamira al mando del general D. Zenon Fernandez. Efectivamente se situó aquel jefe la tarde del 7 de setiembre con tres cañones, 500 infantes, é igual número de caballos con que por entónces pudo contarse quedando guarnecido Altamira. En el momento fué reforzado con 600 infantes escogidos de la primera division, y se construyeron en aquel punto los atrincheramientos correspondientes, cortándoles de este modo á los enemigos la comunicacion entre sus puestos, y dejando sin retirada ni recurso de salvacion á los de su cuartel general.

Ental estado, intimó Santa-Anna al general español que se rindiera á discrecion á la generosidad mexicana dentro del perentorio término de 48 horas, só pena de que lo asaltaría y no daría cuartel; mas antes de que recibiera la intimacion, enarboló bandera blanca enviando á Santa-Anna

(a). Verase un plan litografiado que acaso agregaremos á esta relacion, y dará una cabal idea de estas disposiciones militares; lo hemos recibido del Sr. Terán.

un capitán con un pliego, en que ofreció evacuar el territorio de la república, y para lo que solicitaba entrar en tratados. Respondiósele negativamente, y se le reiteró la intimación. A la siguiente mañana tornó á pedir parlamento por medio del brigadier D. José Miguel Salomon, y también volvió Santa-Anna á negárselo, añadiendo que no permitiría otra contestación. Entónces el gefe español comisionado, solicitó una suspensión de armas hasta las cuatro de la tarde del día siguiente, para resolver asunto tan interesante.

En este día (que fué el 9 de setiembre) comenzó un furioso viento, que arremolcando por momentos, se convirtió en un uracán que trastornó las casas y los árboles, acompañándolo un recio aguacero. Las tiendas de campaña se volaron, y ni aun quedaron vestigios de las barracas: las obras de fortificación fueron derribadas: las provisiones y alimentos se deshicieron: el gran parque se redujo á la mitad: un retroceso de la maréa por la caja del río, hizo subir las aguas á seis pies sobre el terreno en que campaban las tropas mexicanas, y la pequeña chosa de *Doña Cecilia* en que se preservaba cuanto armamento cabía y las municiones, fué preciso desocuparla cuando la maréa batía sus puertas, y el aire arrojaba sobre nuestros soldados los pedazos de sus techos. En medio de esta calamidad ya no se pudo pensar más que en salvar los hombres con fusiles, refugiándolos al bosque. Al medio día minoró la furia de los elementos, y comenzó la tropa con grande actividad á reparar tantas averías, principiando por la fortificación y lugar en que se guardaba el parque. Aunque las aguas de la maréa bajaron, la inundación que dejaban y la lluvia, no permitían encender fuego para preparar algun alimento. En esta situación Santa-Anna en persona pasó en una lancha á informarse del estado en que Terán se hallaba, y asegurarse de si estaba ó no capaz con sus tropas de sacar partido, sobre el aviso que había tenido en que se hallaba el fortín del enemigo en el punto de la barra. Con tal objeto, Terán marchó con 900 infantes hasta situarse en las chosas á tiro corto de cañon. Túvose una junta de guerra en la que Santa-Anna reflexionó el estrago que la inclemencia hacia sobre nuestras tropas: la lentitud que las lluvias é incomunicación de los caminos imponían á las operaciones de la campaña, y que era temible que las frustrasen del todo: que por tanto se hallaba en uno de aquellos casos, en que los generales buscan resultados prontos á toda costa, porque la demora es una ruina cierta. Estas razones escuchadas por militares aburridos

de fatigas y sufrimientos, produjeron tal ardor y decision unánime para un ataque próximo, que ya no hubo cosa mejor que aprovecharse de tales disposiciones. Antes de prepararlo cayeron á lado de los oficiales reunidos cuatro hombres muertos y un ayudante lastimado por la metralla de una pieza de grueso calibre, y esta circunstancia acabó de enardecer á los mexicanos. El enemigo segun despues se supo, habia abandonado el fortín de la barra, y refugiándose al monte por cubrirse de la tormenta; asi es que aquella fortificacion estuvo desocupada desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde que el enemigo volvió á guarnecerlo. Ya entonces se hizo preciso emprender un asalto, y aprovecharse del entusiasmo de la tropa que como fugaz, un general no debe desatenderlo.

Partieron pues dos guerrillas al mando del coronel D. Nicolás Acosta, y teniente D. Francisco Tamariz. En cinco minutos estuvieron en el parapeto enemigo; siguiéronlos dos columnas, la una dirigida por el coronel D. Pedro Lemus, y la otra por el tercer gefe D. Domingo Andreí. A las dos menos cuarto de la mañana comenzó este terrible ataque, sostenido por los mexicanos con una audacia personal, pocas veces vista en un ejército: el que mas lejos se batia sobre el parapeto estaba á tiro de pistola, los demas se batian cuerpo á cuerpo; hubo lances hasta de defenderse con los puños. La artilleria enemiga nada obraba sobre nuestros soldados, porque todos estaban mas allá del tiro fijo. La circunstancia de estar situados los cañones en un segundo atrinchamiento sobre la cima de un monte de arena, pudo salvar al enemigo, porque del primer recinto lo llegaron á desalojar, y se hubiera introducido nuestra tropa por las troneiras de las piezas: accion sin duda arrojada (dice el general Terán en su parte;) pero puede todo el mundo estar seguro de que sobró tiempo y valor para hacerla, porque la accion principal se há dado pegados todos sobre cada lado del parapeto, y de esta manera se han batido hasta las cinco y media de la madrugada siguiente. El enemigo despues de que los mexicanos se habian apoderado de la primera línea de la fortificacion saltando su estacada y foso, con tres piezas de batir y fusilería, hacia desde su segunda línea que dominaba á la primera, todo el estrago que era consiguiente á las ventajas que le proporcionaba la superioridad del local: entonces el general Terán determinó reorganizar la tropa para proseguir el ataque con 10 hombres que de refresco le habia enviado Santa-Anna para poner en accion la artille-

ria, colocándola en batería y llevándola en lanchas, cuando se fijó por los españoles bandera parlamentaria, y á Terán se le presentó un oficial de aquella nación á decirle que la clase del terreno que ocupaba no le permitía encargarse de los heridos, por lo que Terán podría recoger los suyos, si permitía que los españoles pasasen á Tampico. Efectivamente, convenidos ambos comandantes en la medida se ocuparon todas las lanchas y canoas en el transporte de los heridos á Pueblo Viejo.

Tengo á la vista un manuscrito de un oficial que se halló en la acción de Tampico (que no conozco) pero que no me parece despreciable, porque las circunstancias de lo que refiere son tales, que en buena crítica inducen el concepto de una verdadera relación, dice así:

„El día 16 de setiembre de 1829, los españoles que ocupaban á Tampico y el fortín de la barra, pusieron en la tarde bandera blanca en señal de querer capitular. En la noche del mismo día hubo una junta de guerra en el ejército nuestro, y sin embargo de la señal dicha arriba que habían puesto los españoles, fueron de opinión los oficiales que allí concurren, de que se atacara, diciendo que no era honor para las armas americanas el que los españoles se volvieran á embarcar sin haberles dado su escarmentada. El Sr. Terán y otros dos ó tres sujetos, no estuvieron por ello.

Efectivamente, en la noche de ese mismo día se emprendió el ataque del fortín sin llevar para ello escalas, faginas, y otros útiles necesarios en aquel caso. La tropa entró con el mayor valor confesado por los mismos contrarios, en tales términos, de llegar en las primeras cargas hasta el pie del muro, después de haber pasado la estacada, el foso, otra estacada, y el camino cubierto; sin embargo, nada se logró después de tanto arrojó, y nuestras tropas tuvieron que retroceder á sus campos con bastante desorden; quedando los españoles ocupando los mismos puntos. A otro día mandó el jefe que gobernaba el castillo recoger los cadáveres inmediatos á él, y que en una hoguera se quemasen: así se hizo, y resultaron muertos doscientos, sesenta y dos, y como cuarenta y tantos españoles; calculándose que la pérdida nuestra entre muertos y heridos, fué de cuatrocientos á quinientos hombres. La compañía de granaderos del activo de Guajuato entró en la acción, y cuando la tropa llegó á la orilla del muro se encontraron con unos tercios, entre ellos un barril de aguardiente que quisieron abrir, y no pudiendo, le pegaron dos ó tres tiros y por los ahujeros se pusieron á

beber. Esto sucedía en lo mas vivo del fuego, y cuando las balas silvaban por todas partes. Un corneta nuestro estaba sacando una pieza de indiana, vino un soldado español, le pegó el fusil á la cabeza y disparó; afortunadamente no hizo mas que rozarle el pelo con la bala, voltéó la cara el corneta, vió que ya habia dado fuego el fusil, y siguió sacando su pieza de indiana con la que echó á correr. Vinieron españoles 3000; de estos se volvieron á embarcar en el mes de noviembre á principios 900, y quedaron en Tampico enfermos como 500, es decir, que para aquel tiempo habian muerto de la expedicion 2000." Si esto no es verdad tiene toda la semejanza, y yo diré con los italianos... *Cà si non es vera, es bene bien trovata...* Las relaciones groseramente formadas por el crudo Bernal Diaz del Castillo, siempre serán preferibles á las pomposas de Solís.

Deseoso yo de averiguar la verdad de estos hechos, en cuya relacion pudieran notar mis lectores algunas dudas ó equivocaciones, pedí informe al señor coronel D. Pedro Lemus que se sirvió dármele, y no dudo insertarlo aquí, supuesto que como muchas veces hé protestado, yo no escribo la historia, sino que acópio materiales para que otro la forme, el cual en carta de 23 de marzo de 1831, se sirve decirme lo siguiente.

„Desde mi incorporacion en Tuxpam al señor Santa-Anna con el batallon de tres villas que mandaba, me hice cargo de la seccion de tropas que marchó por tierra hasta Tampico, pues S. E. con algunos cuerpos y compañías de preferencia, lo verificaron en canoas. El 21 de agosto á la madrugada fué el asalto de Tamaulipas por las tropas nuestras, y en él debió quedar prisionero el general Santa-Anna al régreso de Barradas que habia marchado sobre Altamira con la mayor parte de su fuerza, y sobre cuyos pormenores considero á U. informarlo. El 23 llegué á Tampico el alto con mi seccion, y permanecí allí hasta el 30 que me incorporé al ejército para tratar del asalto y toma de la barra. Sobre esto se há querido suponer que el general Santa-Anna obró por miras particulares; pero en la realidad no fué así, y procedió en vista de las circunstancias en que se hallaba. La tropa se estaba enfermando por razon del clima, de la incomodidad de los cuarteles, y del servicio activo que tenía que hacer para guardar toda la vigilancia necesaria: no se contaba con numerario ni con víveres: sabiamos de positivo que el enemigo esperaba auxilios por la barra, y era preciso hacernos de este punto á toda costa, para no ser ar-

rojados de los que ocupábamos. Convino pues con el general Terán en posecionarse del campo y rancho de *Doña Cecilia*, para cortar la comunicacion á Barradas con sus tropas de la barra, y fui encargado de una columna de 600 infantes, con que me posecioné de dicho campo la tarde del 7 de setiembre, y á poco se incorporaron las tropas del señor Terán. El enemigo bien conoció el movimiento de mi columna, y me disparó algunos cañonazos desde Tamaulipas que no pudieron ofenderla en razon á la distancia á que pasamos: se sorprendió ó creyó que nos dirijiamos á atacarlo, y no se atrevió á salir de su cuartel general, contentándose con destinar pequeñas partidas que nos observáran por la noche, y que en nada pudieron evitar la formacion de nuestras trincheras. En la mañana del 8 pretendieron que se les dejara libre la comunicacion, y que al regreso de la escuadra que esperaban se reembarcarían para la Habana, cosa que algunos interpretaron por capitulacion; mas esto no podía tenerse por tal, y antes bien era un ardid muy miserable para posecionarse ellos del punto, siempre que lo evacuaráramos nosotros, á lo que no accedió el señor Santa-Anna, y les prefijó el término de cuarenta y ocho horas para que se rindieran, ó los batía. Este debió concluir á las cuatro de la tarde del dia 10: sobrevino el temporal que principió desde la mañana del 9: nuestras tropas lo pasaron á la inclemencia: las trincheras que no habian sido aseguradas con estacas ni de otro modo, habian desaparecido: los pocos víveres se perdieron: nuestra bandera de parlamento permanecía en el fortín del Humo; pero no existía la de Tamaulipas, sin embargo de que á las cuatro de la tarde del 10 habia cesado el temporal, de que el enemigo estuvo á cubierto; no se le ocultaba nuestra posicion, y debía atacarnos antes que pudiéramos reformarnos: los de la barra guardaban la misma situacion que nosotros: no nos esperaban porque nos consideraban destrozados por el tiempo, y como de todo debe sacarse partido en la guerra, el general Santa-Anna quiso y debió sacarlo en esta vez, antes que fuéramos atacados y destruidos. Se presentó en el campo como á las seis de la tarde del dia 10, y me ordenó formáramos mi seccion que aumentó hasta 100 hombres con el batallon número 11 y algunos otros piquetes de las fuerzas del señor Terán. Cambié á mi tropa las municiones que estaban empapadas, y marché á su cabeza hasta el punto y casa de la vigía, donde se habian adelantado los generales Santa-Anna y Terán con una escolta, sus ayudantes, y algunos gefes que los

acompañaron. El señor Santa-Anna mandó intimar rendición al enemigo, y éste se dispuso á la defensa, pues que ya no dudó que lo atacáramos; y en vista de que una lancha nuestra en que iba el coronel Acosta les habia disparado un cañonazo, y que nos habian sentido en la vigia, por la imprudencia de algunos que se habian puesto á fumar, nos correspondieron en la misma moneda matándonos con efecto dos soldados. Entónces se entró en discusion acerca de si atacaríamos ó nó, sobre lo que guardé el mas profundo silencio, porque hallándome á la cabeza de la tropa, y habiendo llegado con ella hasta tiro de cañon del enemigo, no me pareció que debía hacer otra cosa que estar pronto á lo que se me mandára. El señor Terán se oponía al asalto, fundándose en razones que eran ya fuera de tiempo, porque nuestro campo habia quedado poco menos que abandonado, destruidas nuestras trincheras, y llamada la atencion á los de Tamaulipas con los tiros de cañon por una y otra parte, lo que nos ponía en el caso de creer que vinieran en auxilio de la barra, y entónces nos hubiéramos visto cortados, perdido nuestro campo, sin municiones, sin víveres, la tropa fatigada y espuesta á una suerte desgraciada. El señor Santa-Anna quizo oírme: preguntó espresamente por mí, que me conservaba bastanté cerca, y le hice estas mismas reflexiones, consultando al mejor écsito de nuestras armas, y á lo que me imponian el decoro y mi deber. Se estuvo por mi opinion, y aun el mismo señor Terán conyino en que eran muy fundadas mis razones, y fué cuando yo como responsable del écsito de aquella empresa, y sabiendo que podia cortar una abanzada enemiga que se hallaba apostada á la izquierda del camino en la ceja de un monte, dispuse que la guerrilla que poco antes y con este mismo objeto habia puesto á las órdenes del teniente D. Francisco Tamariz, marchára á la distancia de doscientos pasos por mi derecha, para que al replegarse la abanzada porque avistára la columna, Tamariz la cortára por la espalda, y hacerla prisionera como quedó. El enemigo porque alguno de la abanzada lograra replegarse, ó por algun otro motivo, nos sintió y rompió un fuego vivísimo de ambas armas; pero prohibi absolutamente que se le contestára para no descubrirle el objeto, y que sus fuegos que hacia con mucha elevacion no nos perjudicaran; así es que llegamos hasta la estacada sin disparar un fusil, y haciendo desplegar por su izquierda á la guerrilla que habia recomendado á Tamariz, las compañías de preferencia del 2.^o y 9.^o batallones y la de cazadores

del 5.º, logré desalojarlos, y que mi tropa pudiera ofenderlos cubiertos de la misma estacada; mas los españoles tenían colocada su artillería sobre otra altura ó picacho que dominaba completamente á la primera. Por fuera de la estacada que era muy sólida, habia un terraplen de arena floja que impedía subir á los soldados, y por dentro tenían un camino cubierto y un foso bastante grande y lleno de agua. Yo carecía al mismo tiempo de útiles con que poder abrir brecha, en vano fué intentarlo hasta pensando poner fuego, porque no haríamos otra cosa que consumir nuestros cartuchos inútilmente:"

Pasaron al campo de Santa-Anna el brigadier español D. José Miguel Salomon, y el gefe de la plana mayor D. Fulgencio Salas con oficio de Barradas, para acordar las condiciones de un convenio; siendo la principal que se les garantizaran las propiedades individuales, y su honor en cuanto fuera posible. Santa-Anna dió poder al efecto al coronel D. Pedro Landero, coronel de ingenieros D. José Ignacio Iberri, y coronel del 3.º batallon D. Antonio Mejía, para que estendieran los artículos de la capitulacion siguiente.

CAPITULACION.

En el cuartel general de Pueblo Viejo de Tamaulipas, á los 11 dias del mes de setiembre de 1829, reunidos los señores mayor general del ejército de operaciones ciudadano Pedro Landero, coronel de ingenieros José Ignacio Iberri, y coronel del 3.º batallon ciudadano Antonio Mejía, facultados por parte del escmó. señor general en gefe del ejército mexicano C. Antonio Lopez de Santa-Anna, y los señores brigadier D. José Miguel Salomon, y teniente coronel gefe de la plana mayor D. Fulgencio Salas, por parte del general de las tropas españolas invasoras de la república mexicana D. Isidro Barradas, y cangeados sus poderes respectivos para acordar los capitulos á que debieran sujetarse los primeros, y garantir los segundos conforme á las contestaciones oficiales, que sobre el particular han ocurrido, y convinieron en que:

1.º Mañana á las nueve de ella evacuarán las fuerzas españolas que cubren la barra el fortín que poseen, saliendo los oficiales con sus espadas, y las tropas con sus armas y tambor batiente, á entregarlas á la division mexicana, lo mismo que las cajas de guerra al mando del escmó. señor general ciudadano Manuel de Mier y Terán, segundo

general en jefe del ejército, y que ocupaba el paso llamado de *Doña Cecilia* en el antiguo camino de Altamira; dicha tropa seguirá á reunirse á la ciudad de Tampico de Tamaulipas, con los oficiales que conservarán sus espadas.

2º. Pasado mañana á las seis de ella, saldrá toda la division del general español que ocupa á Tampico de Tamaulipas, en los mismos términos que queda indicado para la fuerza de la barra, y entregarán las armas, banderas y cajas de guerra en el cuartel subalterno de Altamira; al mando del referido escmó ciudadano Manuel de Mier y Terán, y sus oficiales conservarán sus espadas.

3º. El ejército y la república mexicana garantizan las vidas y propiedades particulares de todos los individuos de la division.

4º. La division española se trasladará á la ciudad de Victoria donde permanecerá mientras se reembarca para la Habana.

5º. Se concede al general español, mande al puerto de la Habana uno ó dos oficiales, que soliciten los transportes que deben trasladar sus fuerzas á dicho puerto.

6º. Costeará el general español la manutencion de su division durante su estada en el país, y del mismo modo serán de su cuenta los transportes.

7º. Los enfermos y heridos que tenga la division española imposibilitados de marchar, quedarán en Tampico de Tamaulipas mientras se trasladan al hospital del ejército mexicano, donde serán asistidos por cuenta de la division española, la cual proporcionará un cirujano, y los soldados y cabos que calcule necesarios para que queden á su cuidado.

8º. Se franquearán á la division española los bagajes que necesite para su traslacion al punto indicado, pagando las cabalgaduras segun los alquileres que son corrientes en el país, y lo mismo se hará respecto á víveres.

9º. El teniente coronel jefe de la plana mayor de la division española, queda encargado del cumplimiento de esta capitulacion, respecto á la tropa que se halla en la barra, para lo cual le franqueará el paso el general que manda el punto llamado de *Doña Cecilia*.

10º. El señor general D. Manuel de Mier y Terán, nombrará un jefe y un oficial de su estado mayor, para que facilite á la referida division las provisiones, bagages, direccion, acuartelamiento, y demas de que se hace mencion en los precedentes artículos.

Y convenidos en un todo, lo firmamos los infrascriptos

tos, en el punto y día de la fecha=*Pedro Landero*=*José Ignacio Ibarri*=*Antonio Mejía*=*José Miguel Salomón*=*Fulgencio Salas*=Es copia=Campo en el paso de *Doña Cecilia* á 11 de setiembre de 1820.=*Manuel de Mier y Terán*.

Cuando Santa-Anna intimó la rendición á Barradas, lo hizo con el tono sostenido que por lo comun dá la victoria al vencedor sobre el vencido, como aparece de los seis documentos que insertó en el Detall que se publicó por dicho gefe. Barradas contestó que ni la impotencia ni la debilidad le habian sugerido abrir negociaciones para evacuar el país, sino razones de estado y evitar el derramamiento de sangre. Procuró justificar la conducta de sus tropas, y el respeto que tenian al rey de España, y concluye diciendo á Santa-Anna, que era árbitro.... de elegir, ó una transacion con honor.... ó los efectos de que es capáz una division de valientes, que dista mucho (son sus palabras) de llegar al estado en que vds. la suponen, y que prefiere sobre todo sus virtudes militares.

Despues de estas gazconadas (que bien pudieron omitirse por ambas partes) se presentó el coronel Salomón á ajustar el tratado. En él hacen un contraste chocante el comportamiento modesto de los vencedores, con el tono orgulloso de los vencidos.... Santa-Anna y Terán inscriben sus nombres con el sencillo epíteto de ciudadanos, y comandantes del ejército mexicano, y al lado de estos jóvenes modestos aparece.... (vaya una quijotería) *D. Isidro Barradas y Valdés, Bazan, caballero de la real y militar orden de S. Fernando de segunda clase, condecorado con la cruz de primera clase de la fidelidad militar, brigadier de infantería, comandante general de la division de vanguardia (a) del ejército real, &c. &c. &c....* Mas aun es de notar esta retaila quijotesca con lo que despues ocurrió. Barradas se presentó en el campo de Terán de grande uniformé, y con varios perendengues al pecho, preguntó por el general, y Terán que á la sazón estaba arreglando su campo, sucio, lleno de lodo y en nada diferente del último de sus soldados con quienes partia la fatiga, le mandó pasar, diósele á conocer, y entonces Barradas sorprendido le dijo.... ¡Cómo está V. en esta disposicion?... Amigo V. me encuentra cubierto de lodo, porque este terreno escogió V. para batirse conmigo....

(a) *Y pare V. de contar, porque no hay mas cera que la que arde gracias á Dios. La retaguardia y reserva, se quedó en la delirante cabeza del rey Fernando VII.*

No había donde sentarse, y unas cajas de guerra se trajeron al efecto, únicos muebles á propósito para el caso. Barradas conocería muy luego que en aquel jóven y desaseado general republicano estaba el alma de un militar, que no lo presenta igual el difuso catálogo de los generales españoles que se registran en la Guia de Forasteros de Madrid. ¡Oh noble sencillez republicana, cuanto impones á los despotas!... Antes de que pases por la línea que te demarco, (dijo un modesto romano á un monarca de la Asia lleno de fausto, describiendo con un bastoncito una línea en el suelo,) dí lo que hé de responder á Roma, ó ten por declarada la guerra.... Este solo razgo basta para dar idéa de la energía de aquella república, y del noble orgullo con que se revisiten los mandatarios de esta especie de gobierno. Terán se hizo amar de Barradas y de todos los suyos, y puede asegurarse que no hizo menores servicios á su pátria con su espada que con su prudencia.

Las contestaciones oficiales de Santa-Anna con Barradas, fueron interpretadas en México por cierta clase de gente valdía y holgazana de muy diversos modos. Esta familia que bien puede reputarse por verdaderos zánganos de la república, que en nada trabajan, pero que todo lo censuran por huelga y pasatiempo, decia, que los oficios estaban concebidos con demasiada dureza ácia Barradas, y que demorando un poco de mas tiempo, se habria conseguido igual triunfo sin tantos sacrificios; pero no reflexionaban que un momento mas ó menos de demora en la campaña, dá ó quita una victoria. Los españoles obraron con demasiada torpeza retirando sus buques de la costa en los dias mas críticos del Equinoccio de setiembre, y dejando sin víveres una division que debia estar recibéndolos incesantemente, puesto que pisaba un suelo enemigo, cuyos habitantes estaban decididos á defenderse, y que aun cuando los tuviesen en abundancia para su mantenimiento, los retirarían para que no sirviesen á sus enemigos; la esperiencia justificó el modo de obrar de Santa-Anna. El 29 de setiembre se presentó en el fuerte de la barra de Tampico una escuadrilla española, compuesta de la fragata Casilda, un bergantin de guerra, dos bergantines de transporte, otro y una goleta mercante, al mando de *D. Francisco de Paula Sevilla* que conducia 500 hombres mas de refuerzo. Terán por medio de su secretario le hizo entender la capitulacion firmada por Barradas, en la que se comprendia la tropa auxiliar que conducia; Tambien le propuso que embarcase en su escuadrilla los prisioneros.

neros y enfermos españoles que tenía en su poder, pero se resistió á ello, y solo se prestó á desembarcar las medicinas que traía para su auxilio. Terán se quejó de esta conducta, pero entiendo que sin razon, pues no tenía buques para llevarlos, y cuando los tuviera, no estaba en el órden que los enfermos del mal Huasteco (que es contagioso) inficionasen á los sanos.

El vice almirante L. Borda llegó á N. Orleans el dia 1º de setiembre con un navio, un bergantin, un bergantin goleta y dos transportes, para sacar de allí los 500 hombres que á la venida de la expedicion se extraviaron del grueso de la escuadra, y llegaron á Orleans de arribada. En México se aseguró que el gobierno de la Luisiana entró en contestaciones serias sobre no permitir que de allí saliese aquella fuerza armada para hostilizar un país con quien se tenía estrechas relaciones de amistad y de comercio. L. Borda regresó para la Habana de Orleans el 16 de setiembre, ignorando las ocurrencias de Barradas del 8 del mismo.

El 8 de octubre salió de la Habana un buque ricamente equipado para auxiliar á Barradas, pues en aquella fecha se ignoraba allí su derrota: llegó á Tampico teniendo aquel puerto por suyo, pero fué apresado y distribuido su cargamento. Barradas mandó víveres á sus tropas desde Orleans, y este socorro fué muy oportuno, pues escaseaba todo género de mantenimientos. El maíz llegó á valer mas de 60 pesos carga.

La copia de las capitulaciones de Santa-Anna y Barradas se recibió en México el 20 de setiembre por la via de Guanajuato y Zacatecas impresa, sin embargo se dudaba de su verdad porque noticias de tal tamaño suelen forjarse diestramente. Habianse detenido los correos de Santa-Anna por la mucha lluvia, y uno de ellos se había ahogado. Crecía por tanto en momentos el deseo de saber oficialmente tan venturosa nueva; á las diez de la noche se anunció por fin.... Un diario de México se explica de este modo.... (A las 10 de la noche.) „Esta Capital está inundada de gozo; por todas partes truenan millones de cohetes, sueñan campanas, cañonazos y palmoteos por el triunfo de Santa-Anna y Terán sobre los españoles: se gritan vivas á estos generales; las tiendas están abiertas, se corren gallos con música por las calles, el pueblo está enloquecido, el que no anda en bola se contenta con estarse en el balcon de su casa; jamás se há conocido el alto aprecio que hace este pueblo de su Independencia.”

Al día siguiente que fué martes 22 por la tarde, al circularse impreso el Detall de la accion y capitulaciones de Barradas, (a) se publicaron por bando por el ayuntamiento que salió á caballo con el gobernador Tornel, marchando toda la guarnicion de México hermosamente aseada, y se permitió toda clase de demostraciones de regocijo, señalando los días 25 26 y 27; Guerrero tambien publicó una buena proclama. Los léperos en la noche anterior gritaban muera Poinsett, de modo que fué necesario quo el gobierno le mandase una buena guardia á su casa; puede decirse que solo este sugeto estaba triste, cuando cerca de doscientas mil personas se veían enloquecidas de gozo. Nuestro amor á la bella literatura no nos permite echar en olvido la famosa *oda á la derrota del ejército español que invadió el territorio de los Estados Unidos mexicanos*, que publiqué por suplemento á la *Voz de la Pátria* el 27 de setiembre, y compuso D. Francisco Manuel Sanchez de Tagle Mayoral de la Arcadia mexicana. La primera estrofa dice.

Oíd los acentos de mi acorde lira,
Mortales acuitados,
Oíd, Naciones, los tonos que me inspira,
Proféticos y alzados
El Númen Délio que el futuro mira
Con violentos latidos el levanta
Y hace agitar mi pecho: en fuego vivo:
Leda y segura asiéntase mi planta
En otros firmamentos.
Silencio humanos, escuchad atentos.

....Y concluye:

¡Oh triunfo! ¡Oh de setiembre onceno dia!
No númen lisonjero
Turba hoy la acalorada fantasía.
De asombro llenarás, ¡oh Pátria pía!
De libertad asilo, de héroes cuna,
Que así sobre naciones te sublimas,
Y alejas de tus climas
La chusma de opresores importuna.
Serás de hoy respetada
Y tu amistad con ansia codiciada. (b)

(a) *Que imprimí por separado en la oficina de Valdés.*

(b) *Esta hermosa produccion mereció la crítica de D. Andrés Quintana Roó; pero su autor no se dignó responderla.*

Concluida la expedicion, el general Santa-Anna se retiró á Veracruz en un bergantín ingles que estaba sobre las aguas de Tampico, y llegó el 25 de setiembre: presentose empavezado y haciendo salva, lo que llamó la atencion de la plaza, y del mismo buque se destacó una lancha en que venia Santa-Anna. Con su llegada se supo allí la noticia de su triunfo. (a)

Aunque el gobierno procuró manifestar mucha estimacion ácia Santa-Anna, y Guerrero le mandó una de sus bandadas de general de division nombrándolo tal, y lo mismo á Terán, sin embargo se hizo público que en su tertulia se detraía el mérito de uno y otro general. Teniásele á mal á Santa-Anna el que no hubiese escigido de los españoles condiciones más onerosas y humillantes, y que no se hubiese reclamado la persona del P. Bringas.

En el Correo de la federacion (periódico de los yorquinos,) no se quiso confesar el mérito de Santa-Anna, y solo se habló de el como de un soldado afortunado. Mas generosos advuvieron los congresos, pues el de Tlalpam y Guanaxuato acordaron obsequiar á cada uno de dichos gefes con una costosa espada de honor, inscribiendo ademas sus nombres como de ciudadanos de aquellos estados en el salon de sus sesiones. Santa-Anna fué despues recibido con las mayores demostraciones de aplauso y gratitud en Veracruz, y la legislatura de Puebla mandó hasta Xalapa una comision que lo felicita-se por sus triunfos. Todos estos procedimientos hijos de una gratitud sincera, mortificaban demasiado á Guerrero y á los de su comparsa, que al fin se desataron en injurias contra este gefe. De nada se pensó ni trató en la camarilla de Guerrero, que de hacer marchar prontamente á Terán á Tejas á que concluyese la comision de límites que le habia dado Victoria para alejarlo de México y su familia, y de hacer venir á Santa-Anna al ministerio de la guerra. Algo mas habo, pues Guerrero mandó quitar de sus balcones todos los adornos que se habian puesto para celebrar la rendicion de

(a) *En el momento se reunieron todas las autoridades, y Santa-Anna fué recibido y cargado en brazos por los gefes de mayor graduacion, paseándolo por toda la ciudad hasta las ocho de la noche en que se retiró á su posada, haciendo salva el castillo y los baluartes. Tal era el prestigio que habia tomado el hombre á quien en tales circunstancias decia Guerrero que habia de ahorcar.*

Barradas, y convino con el dictámen de Zavala que aprobó la mayor parte de los ministros, reducido á que se proscritbiese á Santa-Anna. Dijose que la gran logia lo tenía ya proscrito, y muchas veces se le oyó decir á Guerrero que *lo habia de ahorcar*. ¡Que desgracia tener por consejeros á hombres de esta calaña! bien lo há mostrado una dolorosa esperiencia con ruina de los pueblos.

Juntamente con Santa-Anna desembarcaron los coroneles *Stábolli* y *Mejía*, trayendo el *Detall* de la accion de Tampico y las banderas tomadas á los españoles, las cuales se colocaron en el balcon de palacio el domingo 4 de octubre. Anuncióse el dia con salva de artillería; el modo con que se dió al público este espectáculo fué, colocando en dicho balcon un docel de terciopelo carmesí, bajo el cual se puso un pabellon de azul y blanco: en el centro de este se coloró la constitucion. Sobre el piso del balcon se formó un tablado saliente, y en su centro se puso un gran cuadro de mosaico de pluma de chupamirto y bellos colores hecho en Pátzcuaro, que figura el escudo de las armas de la nacion mexicana rodeado de trofeos; herido este cuadro á las doce del dia con los rayos del sol deslumbraba la vista. A los lados de dicho cuadro se veían abatidas las dos banderas españolas, y sobre la azotea del mismo balcon flotaba el pabellon mexicano, como tambien sobre el reloj de catedral, casa de moneda y diputacion. Las banderas estaban esquisitamente bordadas, una estaba algo estropeada y la otra flameante, notándose de particular en ambas, que en las estrechidades hay dos escudos de armas de las órdenes de caballería creadas por Fernando 7.^o á saber, la de *María Isabel, ó sea mata Indios*, y la de *S. Ermenegildo*, en una se lee este letrero.... *Legion Real*, dando á entender á mi juicio, que bajo ella militarían varios cuerpos de tropas á semejanza de la famosa legion Hannoveriana que la Inglaterra mandó á reconquistar los Estados-Unidos del Norte, con un grande é indeterminado número de tropas cuantas pudo reupir. Por la mañana hubo una solemne misa de gracias en catedral, é iluminacion en las torres y palacio por la noche. El estandarte de caballería que asimismo se tomó á los españoles quedó en Veracruz; aquel estado es digno de poseer ese trofeo, por los grandes sacrificios que hizo él primero para conseguirlo. Confieso que este espectáculo llenó mi corazón de alegría, y la misma se veía retratada en los semblantes de cuantos lo presenciaron.... ¡Ah! són mexicanos, y aman la gloria de su pátria! Yo há pedido, que dichas ban-

deras se coloquen en la sala de diputados á los lados del trono, y así lo tiene acordado mi cámara.

Ocho dias antes, es decir el 27 de setiembre, se celebró una magnífica misa de gracias en el Santuario de Guadalupe, con asistencia de tres diputaciones de los tres poderes supremos. Lleváronse para salvados culebrinas, dos cañones de á 8, y un carro de municiones. Acompañaron á D. Vicente Guerrero los carros triunfales de los barrios de México hermosamente puestos con varias alegorias de jóvenes de ambos sexos, y costosamente adornados; de modo que á su regreso que fué á las tres de la tarde, se presentó una numerosísima concurrencia de toda clase de gentes á pie, á caballo y en coches, como la que vimos el 19 de mayo de 1822 al salir Iturbide del congreso, donde selló la usurpación de la soberanía del pueblo haciéndose llamar Emperador. Habia intrigádose por los amigos de Guerrero proclamarlo Dictador en Guadalupe; mas como allí concurrieron gentes de ambos partidos, se respetaron mutuamente y temieron, y se frustró el lance.

La tarde del dia 26 el gobernador Tornel procuró por medio de activas providencias evitarlo; ora sea porque temiese sus resultas y perecer por ellas; ora porque segun su cálculo político, el triunfo seria de los liberales. De México salieron para Talpa varios comisionados de la gran lógia para prender allí la mecha, tales fueron el escribano Severiano Quesada, y el diputado Cerecero, ambas personas muy abonadas para tales farzas; pero regresaron sin haber podido hacer base. Los léperos segun lo acordado en la lógia, deberían marchar en grupos precedidos de unas banderitas con un mote que dijese.... *Espulsion general de españoles*; ademas cada barrio debería presentar un memorial á Guerrero pidiendo lo mismo. Tambien se trató en la gran lógia de anular los grados dados por Santa-Anna; pero consultado su *pro-hombre Poinsett* opinó en contrario, pues tenia un ejército victorioso á su disposicion, y gozaba de gran prestigio entónces. No sé como en el Correo de la federación del dia 24, pudo estamparse como hé dicho, que Santa-Anna solo era un *Soldado afortunado*; pero que *por su triunfo la patria no habia conseguido su libertad*.

El 25 de setiembre Guerrero en virtud de las facultades extraordinarias dió decreto para extinguir el colegio de Santos, no porque estuviese persuadido de su inutilidad como lo están los hombres sensatos, sino por apoderarse de sus rentas anuales que se calculan en 30 pesos; esta providencia fué

justamente censurada, los colegiales protestaron contra tal decreto que hoy está derogado y devuelto el colegio; atrájole ésta medida mucha odiosidad, y de la misma se cargó en aquellos días el congreso de Tlalpan, por haber nombrado senador al escribano Quesada para que subrogase al virtuoso D. Agustín Paz que había muerto. ¡Que contraste tan ehocante entre uno y otro! el mismo que hay entre la virtud personificada, y la desmoralización.

Tal es la idea que ligera y superficialmente presento á la posteridad de la invasión española en la república mexicana; muchas observaciones importantes podrá hacer acerca de ella el que medite sobre el estado de disolución total y próxima á que nos habia conducido la preponderancia de la facción yorquina. Apoderada de todos los empleos, ramificada en toda la estension de la república aun en la clase mas obscura, incapáz de producir nada bueno, y teniendo á su arbitrio el gobierno varios congresos y tribunales, casi era inevitable la total ruina de la nacion; mas ¡oh Providencia bienhechora, que sabes convertir en antídoto el veneno mismo cuando quieres salvar á un pueblo! Estos mismos desórdenes llevaron á la patria á su suspirada regeneración: abrimos los ojos como el caminante á la luz de un relámpago, que en noche oscura y tormentosa vé el abismo bajo sus pies para salvarse; la república toda conoció sus males, y la parte sana juró hacer el último esfuerzo para salvarla. Grandes y de toda especie grandes fueron las calamidades que nos aquejaron, sobre todo en los días de la invasión. Nos vimos sin tesoro, sin comercio, sin confianza pública para continuar la guerra, sin honor ni concepto entre las naciones cultas, todo se paralizó; parece que hasta los elementos se conjuraron para perdernos, desarrollando su furia y estragos en la costa de Tampico. Salióse el mar de sus términos, el Aquilón sopló furioso hasta descuajar los más elevados cedros: la lluvia inundó nuestros campos: desbordáronse los rios saliéndose de madre, y el de Pánuco tuvo un crecimiento tal, cual nunca se habia visto: una goleta anclada allí, y cargada de preciosidades se pasó por ojo: otros dos buques menores sufrieron en el mismo lugar una grande avería en su cargamento: varias poblaciones se vieron ó destruidas por el uracán, ó reducidos sus habitantes á buscar un asilo entre las fieras de los bosques huyendo de los invasores: el fortin de la barra tambien se vió inundado, y perdida una parte de su artillería: nuestras tropas han fallecido allí al rigor de la hambre ó de la guerra, ó hechas

víctimas del incurable mal *Huasteco*. . . . Al contemplar este cúmulo de desdichas, permitasemo tornar á sus autores para hacerles terribles cargos de males tan infandos. . . . ¡Oh Guerrero! tu ambicion de mando nos puso á punto de no existir: despues de regar las calles y plazas de México con la sangre de los mexicanos por la invasion de la Acordada hecha en tu obsequio, para elevarte á la presidencia y que tú regentaste: despues de dar al mundo nuevo el doloroso espectáculo de una gran parte de nuestra poblacion convertida en salteadora de la otra y desmoralizada, con tan pernicioso ejemplo atragiste tambien á nuestros enemigos para que nos invadieran y rematáran nuestra ruina. . . . ¡Cómo habrás aparecido delante del Eterno? ¡Cómo habrás satisfecho á estos cargos que apenas puede presentar sin horrorizarse mi pluma en su deformidad, y que te habrá analizado el Dios justo que juzga lo que sabe, y escudriña hasta el último pensamiento? Finaste ya para alivio de nuestras desgracias, y consuelo de nuestras cuitas; mas es preciso que yo siga la dolorosa historia de tu malandanza, hasta terminar con el desenlace trágico de tus aventuras en un patíbulo, y por el que la nacion mexicana recobró el bien inefable de su tranquilidad.

Entretanto jóvenes generales que tan cumplidamente os desempeñasteis en esta campaña que os dará eterna nombradía, y vosotros todos los que os inmolasteis por salvar la nacion en reencuentros tan gloriosos, recibid por medio de mi pluma los plácemes mas justos por vuestro valor, decision y prudencia: vosotros sereis famosos en nuestra historia, y lo sereis mientras os reduzcais á defender nuestra Independencia y libertad: alejad por tanto todo deseo de engrandecimiento personal vuestro, que sin duda mancillará vuestra gloria: cifradla en *ser soldados de la república mexicana*; unid vuestra reputacion á la suya; entónces yo transmitiendo á la posteridad estos rasgos de vuestro valor y heroísmo, os podré asegurar con las mismas espresiones de Enéas, que vuestro honor, nombre, y alabanzas, permanecerán indelebles en el corazan de los mexicanos. . . . *Semper honos, nomenque tuum, laudesque manebunt*. . . que nuestros soldados veteranos teniendo en derredor suyo á sus hijos y tierros nietos, abrumados ya con el peso de los años contandoles su historia militar, la terminen dándoles un estrecho abrazo. . . . y diciéndoles. . . hijos! . . . Nosotros defendimos vuestra Independencia en Tampico, y si hoy conservamos nuestra vida, lo debimos al valor del general Santa-Anna, y á la prudencia

de Terán.... ¡Ah! ¡no concluían así sus relaciones los antiguos mexicanos, cuando referían á sus nietos las desgracias de Motheuzoma y Quauhtimotzin, y la usurpacion del imperio mexicano, por esos mismos hombres cuyo orgullo humillamos en Tampico!!!



